
DURAMAR

Antonio Leal / Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Entonces dije de la posibilidad
de recorrer juntos los caminos más espesos del aire,
que sudaras un poco debajo de mis manos,
que vivieras desde adentro
—único lugar que te pertenece—
de tenerte ágil y doliente
y sedientos de por sí deshojar la tarde y la paloma
que a cada instante renace de tu pecho.

Fue cuando dije
que agosto jugaba en los jardines de mi corazón ensombrecido.
Ahora y desde el ayer de ayer, la lluvia, la de siempre,
es como una ramazón a los pies de la tristeza;
llueve en mí, me gusta que llueva,
en esta hora inútil, a destiempo,
bajo tu sombra inerte, ensimismada,
en el gusto de rendirle servidumbre al llanto,
con el estertor humano-amor que traemos en calidad de préstamo,
bajo tu corazón que ha venido desde lejos,
sincero en su viaje de manos incumplidas
que se humedecen en el entusiasmo de la lluvia.

Repito, me gusta que llueva
porque es la única manera de tenerte cerca y estar contento.

Duramar,
así como el trébol se abre a la llovizna
recuerdo cómo eras en mi casa de muros derretidos,
eras, en tiempo de tu ausencia,
como un cantar de caracoles perdidos en el duro estanque de mis días,
eras algo fijo en la epidermis como lo que sé,
en las noches eras como un sollozo repartido en besos,
con el sonoro refugio de peces transparentes
que se descomponen verticales en el viento
eras como un adiós que permanece,
una semilla oscura, remota, y desde aquí te amo.

Es lunes, no importa,
te he buscado desde donde somos,
desde donde oscuras resonancias emergen exactas con el llanto,
donde laten las corolas su ritmo transcurrido,
opaco y de repente sin nosotros.

Ahora digo del pan nocturno de cada día
y que agosto chapotea en la espuma más alta del olvido.

Duramar,
si tan sólo me hubieras dejado poner un dedo sobre tu corazón
y desde ahí oír la lluvia.